

DA CAPO

La primera vez que vi el solemne edificio de inspiración dórica en el número 2263 de la avenida Figueroa Alcorta sentí que había cumplido una vieja promesa. No me llamaría un hombre fe, sino uno de Leyes, pero aun nosotros evitamos contrariar la última voluntad de nuestros muertos. Mi abuelo, catedrático de letras expatriado durante la dictadura, me había hecho prometerle que regresaría a la Argentina para titularme en la Universidad de Buenos Aires, de la que ni siquiera aquella atroz enfermedad pudo arrebatarle una febril nostalgia. Por supuesto, él hubiera querido que yo fuera escritor, como él, pero al final debió conformarse con el destino más modesto de un constitucionalista.

Ahora, cuando lo miro en retrospectiva, me reconforta que así y no de cualquier otra forma (todas son posibles, supongo) comience la historia de Roberto Soares, el brasileño que escribió la obra de Jorge Luis Borges. A mi abuelo le hubiera gustado saber que fui yo quien descubrió ese prodigio, aunque tal vez me hubiera recriminado la manera de contarlo. Era quisquilloso en asuntos de estilo, y odiaba mi uso indiscriminado de los gerundios. Decía que si quería ser un buen escritor tenía que dejar de pensar como un abogado. Si cierro los ojos, puedo imaginar aquella voz ronca susurrándome al oído, tratando de ayudarme. No te alejes demasiado, ve al meollo de la trama... Eso hago, viejo querido, juro que eso hago. Es solo que no hay una manera sencilla de explicar todo este asunto de Soares. A lo mejor debería dejarme de sensiblerías y contar que lo conocí un día como cualquier otro mientras asistíamos a una clase del Programa de Cursos Intensivos válidos para Doctorado en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. Han pasado ya 13 años. Ambos éramos extranjeros, como la mayoría del programa, y eso nos atrajo tímidamente como a dos animales heridos. Ninguno de nosotros sospechó que el devenir nos deparaba una verdadera amistad.

A pesar de mi juventud, para todos los efectos prácticos de la vida —es decir, los menos importantes— yo ya era un abogado exitoso, pero aún sopesaba ciertas dudas acerca de si esa era mi verdadera vocación. La incertidumbre me provocaba ansiedad de forma intermitente, y un agudo Síndrome del Impostor. Soares, en cambio, estaba seguro hasta la médula, y yo lo envidiaba en secreto por su firme convicción: él sabía, sin ningún dejo de duda, que el Derecho no le importaba en absoluto. Lo había estudiado a regañadientes por apego a una tradición familiar, y lo ejercía por la comodidad que le ofrecía su inteligencia desbordada. Pero lo único en lo que Soares pensaba todos los días era en escribir.

Cuatro o cinco meses después de habernos conocido me permitió leer el primer cuento. Habíamos dedicado varias horas a la semana a mis estudios del portugués, y ese día Soares se mostró optimista de que yo pudiera practicar la lectura en voz alta y, con algo de suerte, comprender su relato y discutirlo con él. Lo hice de buen agrado, tratando de dobligar las erres en jotas para imitar su acento paulista, y creo que eso lo hizo sentirse apreciado y orgulloso. Cuando terminé la lectura, me suplicó que le diera mi opinión acerca del cuento. Eso sí, él me exigía, con nuestra amistad como garante, que yo fuera verdaderamente honesto con él.

La inusual gravedad de sus palabras me hizo estar seguro de que se trataba de una broma, y me solté a reír. Aún tardé algunos segundos más en darme cuenta de que Soares no había cambiado su gesto de expectativa mientras yo me reponía. Le di una palmadita en el hombro, acepté que se trataba de una buena broma, y lo invité a tomar una cerveza. Pero Soares no se inmutó. Tenía el mismo aspecto inerte que mostraba al escribir casi todas las noches, una especie de incómoda quietud que me daba la impresión de estar observando a un insecto y al principio provocaba escalofríos.

Me costó comprender que Soares realmente estaba seguro de que aquel era su cuento, incluso cuando le expliqué que no existía ninguna posibilidad de que lo fuera porque Jorge Luis Borges lo había escrito en 1941. Le leí la versión en español de su relato acerca de un sabio sinólogo

asesinado por un espía durante la guerra, y él la escuchó con paciencia y sin alterarse, solo asintiendo de vez en cuando para dar su aprobación, como si fuera lo más normal de este mundo que dos personas pudieran escribir por casualidad la misma historia. Ningún argumento o evidencia bastó aquella noche para convencer a Soares de... ¿la verdad? No, llamarle de esa forma sería una imprecisión imperdonable.

Roberto Soares y yo prolongamos nuestra amistad durante años. Tardé bastante en aceptar que él escribía los cuentos de Jorge Luis Borges sin haberlos leído jamás. Sin saber que ya habían sido escritos. Él, en cambio, jamás lo aceptó. Ni siquiera cuando concluyó con escrupulosa exactitud la escritura en portugués de todos los relatos publicados por el argentino. La última vez que nos vimos, en un encuentro de Filosofía del Derecho en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara en 2019, me confesó que había escrito tantos cuentos como había podido con la esperanza de que, al fin, alguno fuera enteramente suyo. Pero comprendió la imposibilidad de su propósito a mediados de 2017, cuando hubo terminado la colección *El Aleph*, publicada por Borges en 1944. No obstante, persistió en su obsesión por la escritura de esos relatos, eludiendo el encuentro con cualquier texto de Borges para no arruinarse el placer que le otorgaba su creación.

Roberto Soares murió en São Paulo a principios del año pasado a causa de la leucemia. Antes de morir preparó una lista muy detallada de instrucciones, ninguna demasiado descabellada para que su esposa no tratara de complacerlo. Una de las instrucciones, me dijo, consistía en enviarme todas las traducciones de los cuentos de Borges. Ignoro si Soares evitó mencionarle la verdad a su esposa (sé que no se lo habría mencionado a nadie más), o ella solo estaba siendo discreta.

Propició el destino que aquella extraordinaria encomienda me encontrara una tarde de agosto en la Universidad de Buenos Aires, en el mismo edificio donde él y yo nos conocimos. Retrasé la revelación de los documentos mientras salí de mi oficina, aguardé por el viejo ascensor,

siempre descompuesto, y finalmente me decidí a caminar por las escaleras hasta la biblioteca. El rincón más apartado, bajo los claros pilares y las columnas de libros, me pareció el lugar más apropiado. No quería que algún alumno me importunara con sus preguntas. Me entristeció darme cuenta de que ya casi no recordaba aquel tiempo en el que Roberto Soares y yo fuimos como ellos. Supongo que incluso la nostalgia es otra forma del olvido.

Junté sobre la mesa los cuentos de Borges y Soares, en simétricos pares, para admirar la extraña geometría del azar. Una omisión notable saltó de golpe a la vista al observar los documentos de esa forma: no hay una versión en portugués de *Los Inmortales*. A pesar de la minuciosa exactitud especular de ambas obras, Soares nunca creó —o descubrió— *Los Inmortales*. Ninguna hipótesis se me antoja factible, excepto la que parece habernos legado el propio Borges. Genial como era, y no desprovisto de ironía, Jorge Luis Borges debió de anticipar la ocurrencia de todos estos sucesos. O tal vez solo lanzó una moneda al aire para burlar al infinito, cómo saberlo. Me gusta pensar, en cualquier caso, que Borges realmente creyó que cualquier obra es susceptible de ser escrita una y otra vez, enésimas veces, y fabricó un relato improbable que se contiene a sí mismo y a todas las obras y a todos los autores porque deseaba que algún día un lector encontrara esa anomalía. Esta conclusión me parece obvia, y explica por qué Soares nunca podría haber escrito ese particular cuento. Zócalos insondables, como los cimientos de la gran biblioteca de Babel, sostienen nuestra Historia, y hacia ellos fluyen inexorablemente las páginas escritas por todos los hombres: ya no tengo ninguna duda de que Roberto Soares escribió la obra de Jorge Luis Borges... y sé que, con el tiempo, es inevitable que alguien más escriba estas mismas páginas para contar su propia historia.

Hirsuto Gudari